

MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO

IZAL

UNA PEQUEÑA
GRAN REVOLUCIÓN



LIBROS CÚPULA

**BIOGRAFÍA
OFICIAL**

MIGUEL ÁNGEL BARGUEÑO



**UNA PEQUEÑA
GRAN REVOLUCIÓN**

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Miguel Ángel Bargueño

© de las fotografías de interior: © Archivo Hook Management / Varios autores.

Primera edición: mayo de 2024

© Fotografía de cubierta: Jesús Romero

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-4100-7

D. L. B. 1.397-2024

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España



SUMARIO

Prólogo / Epílogo	9
Primera parte. Sueños lentos, aviones veloces	21
Mikel	23
Gato	45
Alejandro	69
Alberto	81
Iván	103
Segunda parte. Hambre	123
Máiquez, 56	125
El Petrolero	149
<i>Magia y efectos especiales</i>	173
Ante Notario	199
<i>Agujeros de gusano</i>	223
Tercera parte. Oro y humo	255
<i>Copacabana</i>	257
Fuegos artificiales	275

<i>Autoterapia</i>	293
La rabia	309
En la estratosfera	323
<i>Hogar</i>	341
Despedida	361
Agradecimientos	379

Primera parte

SUEÑOS LENTOS, AVIONES VELOCES

MIKEL

PAMPLONA — ARANDA DE DUERO — VALLADOLID — VITORIA
— BILBAO — MADRID

Hasta 2010, el nombre de Izal no decía nada a casi nadie. Si acaso, tenía significado para los cuarenta habitantes de la villa que bajo esa denominación aparece en los mapas; los viajeros que alguna vez, no se sabe por qué, pasaron por el abrupto Valle de Salazar, donde se enclava; intrépidos senderistas, siempre tan aficionados a los perfiles escarpados; y unas cuantas familias navarras que, por el origen itzallearra de sus ancestros (Itzalle es el nombre de la población en euskera), llevan el topónimo por apellido. Encajado entre agrestes montañas, más cerca de Francia que de Pamplona —un serpenteo en coche de poco más de media hora le deja a uno a la entrada del país vecino por el puerto de Larrau, a los pies de los Pirineos—, el concejo se reduce a cuatro casas, una iglesia (la de San Vicente) y una ermita que a algún gracioso del siglo xvi se le ocurrió construir a 1.040 metros de altitud, en la cima del monte Arburúa, desde donde, recuperado el resuello tras el fatigoso ascenso, puede contemplarse un bonito paisaje si la niebla lo permite. La subida, teniendo en cuenta que la villa se encuentra a unos 700 metros sobre el nivel del mar, más o menos como Madrid, no es peregrinación; es penitencia.

No está exenta de encanto la pequeña y sencilla Izal, que debe su atractivo tanto a lo arriscado de su entorno como a su historia,

larga y, en alguna fase, tumultuosa. Las primeras referencias datan del siglo XI: ya en 1034 aparece citada en un documento, y se sabe que, por esas fechas, varias docenas de personas que servían en el cercano Monasterio de Leire eran naturales del lugar. Cuenta incluso con sus propios héroes: una placa en la parroquia de San Vicente revela el carácter noble y rudo de dos de sus hijos ilustres. «En esta villa de Izal —reza el mármol— fueron fusilados por los franceses el 27 de febrero de 1811, por negarse a descubrir armas al enemigo, Andrés Ramón Iribarren y Pedro Francisco Rosanz, alcalde y regidor a la sazón de Izal. El Valle de Salazar, con ocasión del centenario de la Guerra de la Independencia, hizo levantar esta lápida para perpetuar la memoria del heroísmo de sus compatriotas. R. I. P.» Sucesor actual de aquellos valerosos vecinos es don Daniel Aznárez Landiribar, quien, en realidad, ejerce de alcalde de Gallués, municipio que integra Izal, Iciz y Uscarrés; propietario de un aserradero y que no pertenece a ningún partido político, sino a la Agrupación Electoral Independiente Virgen de Arburúa.

Tan seguros están Mikel y su familia de que ningún antepasado reciente —al menos de las últimas tres o cuatro generaciones— viene de allí, como convencidos de que, si nos remontamos más atrás en el tiempo, la raíz de su árbol genealógico, y seguramente el tronco y sus primeras ramas, se sitúan en el tranquilo pueblo de Izal. Donde sí que constan antecedentes es en Corella, municipio del sur de la comunidad foral, en la Ribera de Navarra y la Merindad de Tudela, cuna de muchos Izales, de esta dinastía y de otras. El caso es que, con el transcurso de los años, los ascendientes de Mikel Izal por parte de padre fueron acercándose a la capital, y ya su abuelo residía en Villava, tan próxima a Pamplona que la calle Mayor de esta penetra en su circunscripción con el nombre de avenida de Serapio Huici (para, a continuación, más estrecha y parcialmente peatonal, convertirse otra vez en calle Mayor, pero de Villava). Es, por tanto, la familia de Mikel Izal una de las más antiguas de esa población de diez mil habitantes, donde todos aquellos con lejano arraigo se conocen; así, los abuelos de Mikel tenían una relación muy cer-

cana y cordial con el padre y los abuelos del más insigne estandarte de Villava: el ciclista cinco veces ganador del Tour de Francia Miguel Induráin.

No obstante, cuando Mikel Izal Luzuriaga nació en Pamplona el 3 de junio de 1982, sus padres, Miguel Ángel y Sagrario, y su hermana Arantxa, que entonces tenía tres años, vivían en Aranda de Duero, provincia de Burgos. Al terminar el servicio militar, Miguel Ángel Izal, ingeniero industrial, había entrado a trabajar en la firma francesa de neumáticos Michelin; tras un año destinado en Clermont-Ferrand, sede central de la compañía, aceptó un cargo en Aranda de Duero, base de una de las cuatro factorías de Michelin en España (las otras se localizan en el municipio guipuzcoano de Lasarte, en Vitoria y en Valladolid). «En principio era para ocupar el puesto durante tres años, pero allí estuve casi diez», dice Miguel Ángel Izal. En 1977, Miguel Ángel contrajo matrimonio con Sagrario Luzuriaga, enfermera del Hospital Universitario de Navarra; ella, procedente del popular barrio pamplonés de Chantrea, se instaló con su marido en Aranda y encontró trabajo en el Hospital Comarcal de la ciudad burgalesa. Debido a la prosapia navarra de la familia al completo, Miguel Ángel y Sagrario quisieron que sus dos hijos vinieran al mundo en Pamplona (en el Hospital Virgen del Camino, hoy englobado en las instalaciones del Hospital Universitario).

Poco o nada recuerda Mikel de su etapa en Aranda de Duero, porque cuando tenía tres años, en 1985, a su padre lo trasladaron a la factoría de Valladolid, y para allá que se fue la unidad familiar. En Pucela, y como no conocían a nadie que pudiera ayudarles con el cuidado de los niños, a veces, cuando Miguel Ángel acudía a recoger a Arantxa al colegio y Sagrario estaba trabajando en el hospital, no le quedaba más remedio que dejar al pequeño Mikel solo en casa un rato; y para que estuviera distraído, su padre introducía una casete en el equipo de música, colocaba unos auriculares en los oídos de Mikel y le daba un micrófono. «No sé lo que haría, pero se quedaba muy entretenido», dice Miguel Ángel.

De ese periodo tampoco quedan vestigios en la memoria del cantante y compositor, ya que seis años después, en 1991, el clan

se mudó a Vitoria a causa, nuevamente, de una reubicación laboral del progenitor, a la postre definitiva. Sagrario aprobó unas oposiciones y obtuvo plaza de enfermera en el hospital del Condado de Treviño, a una media hora en coche. «En Vitoria es donde, a partir de los nueve años, vivo, crezco y me hago una persona», dice Mikel.

En el Colegio Corazonistas de Vitoria, Mikel se reveló como un estudiante de intachable expediente, rasgo que mantuvo a lo largo de su trayectoria académica. Difícilmente podría haber sido de otro modo, al pertenecer a una familia de rectos valores y rigurosa ética del trabajo. «Yo era un alumno responsable —explica Mikel—, pero me regía por la ley del mínimo esfuerzo. Tenía que sacar las mejores notas posibles, pero con el mínimo esfuerzo bastaba. No me mataba a estudiar. Pero me han educado en la cultura del esfuerzo. Para llegar a donde llegaron, mis padres hubieron de esforzarse, y a sus hijos nos han inculcado que el esfuerzo es necesario. Creo que heredo un poco eso. En mi casa había disciplina, no excesiva, pero sí se intentaba que sacáramos los mejores resultados, porque eso era bueno para nuestro futuro. Al final, lo que quieren los padres es que sus hijos sean felices, se ganen bien la vida..., y sí que sacaba muy buenas notas.» De hecho, Mikel fue el primero de su promoción en el colegio, empatado con otros dos alumnos.

En dicho centro comenzaron a manifestarse en él otras inquietudes, como la redacción literaria. Ganó un concurso de relatos. Y empezó a jugar al baloncesto, sin duda, animado por su alta estatura (a los diecisiete años ya medía 1,95 metros) y la larga tradición deportiva de los Corazonistas de Vitoria, en cuyas porterías de balonmano había metido sus primeros goles Iker Romero (que triunfó en el FC Barcelona y, como internacional, fue campeón del mundo en 2005), y, en sus canastas, sus primeros triples Jorge Garbajosa (posterior jugador del Real Madrid, el Unicaja de Málaga y varios equipos europeos; campeón del mundo en 2006 y, durante siete años, presidente de la Federación Española de Baloncesto) y José Manuel Calderón (de reconocido paso por la NBA y también campeón del mundo en 2006), anti-

guos alumnos de la institución, que nutría de jugadores al Baskonia (antes, TAU Cerámica).

«Era un espagueti andante —se autodefine—, era ágil y se me daba bien. Fue mi primera ilusión: dedicarme al baloncesto. Soy muy competitivo, y con esa estatura, a esas edades, no era difícil destacar. Jugaba más bien de escolta, aunque, a veces, me utilizaban de base y otras de pivote; era como un comodín, por la estatura y la delgadez.»

Fuera del colegio descubrió la música, que pasó a ocupar otra parcela importante entre sus aficiones. A los doce años, recibió como regalo de cumpleaños el disco *Greatest hits II*, de Queen (de 1991). En cuanto sopló las velas y comió la tarta, lo puso en el magnífico equipo estéreo de su padre, enchufó unos buenos auriculares de cable de espiral y, abstraído de cualquier molestia externa, se concentró en su escucha; cuando terminó, lo pinchó de nuevo. «Es uno de los momentos que mejor recuerdo de mi infancia —asegura—. Me quedé flipando con canciones como “Radio ga ga”. Me dije: “¿Y esta forma de cantar? Esta maravilla, ¿qué es?”. Mi cerebro hizo un clic y se me mostró la música como forma de expresión. Experimenté ese fenómeno de querer escuchar otra vez esas melodías. Es un placer muy adictivo, pero muy agradable y muy sano, y creo que siempre soñé con conseguir que alguna de mis canciones provocase a alguien ese efecto de bucle, de no poder salir de ahí, porque tu cerebro está generando endorfinas a lo loco, gracias a no se sabe muy bien qué. Y ese disco marca mi clic musical.»

Y a los trece años empezó a tocar música. No deduzca el lector por el pedigrí técnico de su padre y la formalidad de sus costumbres, que no existieron antecedentes familiares en lo relativo al esparcimiento musical. Por de pronto, dos predecesores habían despuntado como cantantes. El tenor lírico Miguel Fleta (1897-1938), nacido en la localidad de Albalate de Cinca (Huesca), era pariente de la abuela paterna de Mikel, originaria de Aragón; Francisco Izal (1890-1958), barítono de ópera nacido en Corella —y que pasó sus últimos días en Australia—, era tío de su abuelo paterno. «Teníamos dos personas famosas en la música por cada

parte de mi familia —dice Miguel Ángel Izal—. Lo sé porque en mi casa había siempre cierto pique entre la familia de mi madre y la de mi padre por ver quién era más famoso, si el tío barítono de mi padre (el tío Barito, lo llamábamos) o Miguel Fleta, que no sé qué parentesco tendría con mi madre, pero algo le tocaba, porque lo defendía con uñas y dientes.» El propio Miguel Ángel, en su juventud, se manejaba bien con la guitarra, el acordeón y las cuerdas vocales. «En cuanto aprendí por mi cuenta los acordes mayores y menores necesarios para tocar cuatro pasacalles y cuatro jotas, me bastó para ir con un amigo cantando de charanga por el pueblo», añade. El padre de Mikel tenía cinco hermanos, y cuando los amigos de los mayores visitaban su casa, todos, hermanos y amigos, se lanzaban a entonar alegres melodías populares.

Por último, Mikel desarrolló desde pequeño una irresistible atracción por la informática y los ordenadores. A finales de los años noventa, cuando la creación de música por medios digitales empezaba a democratizarse, gracias a tecnologías que posibilitaban su grabación y edición en el ámbito casero, esta temprana pasión pronto confluyó con la que sentía por la música. Resultó que a los trece años cayó en sus manos un ejemplar de la revista *Micromanía*, publicación que por entonces se editaba a tamaño de periódico, que traía de regalo un CD con una demo del programa de edición musical *Impulse Tracker 2*, distribuido como *freeware*. Pese a lo primitivo de este programa multipista que corría en MS-DOS, permitía grabar varias pistas a partir de una biblioteca de muestras de sonidos, que incluía pianos y baterías. «Básicamente seleccionabas qué sonido querías usar, dónde lo querías poner (porque era como una especie de lector de barrido: todo lo que estaba en esa rejilla se leía por orden a la velocidad que tú le decías), ajustabas el bombo y la caja, tenías la posibilidad de cambiar la nota de los pianos, y podías hacer realmente lo que se te ocurriera. Y eso me dio fortísimo durante dos o tres años», explica. Cuando terminaba la edición de una de esas piezas instrumentales, la reproducía en el ordenador a través de altavoces, y registraba el resultado al aire (sin cables), en un radiocasete situado enfrente.

Después se jactaba de sus habilidades reproduciendo la cinta grabada ante sus amigos. «Alucinaban, porque no tenían ni idea de cómo era capaz de hacer eso, y luego les enseñaba el proceso en casa, todo orgulloso —dice—. Eran melodías tontas, horribles, pero adictivas, o que a mí me parecían divertidas.» Aparte de temas propios, grabó una versión de «Ecuador», de Sash! (1997), una de las canciones de música electrónica que más sonaron cuando él tenía quince años. «Empecé a jugar con terceras voces instrumentales; me di cuenta, sin que nadie me lo explicara, que a la voz principal se podía sumar una armonía por encima que quedaba bien, como si fueran coros, pero a nivel instrumental. No sé cómo llegaría a aquello. Para mí era jugar, mi pasatiempo. Con el que encima podía hacerme un poco el chulo delante de mis colegas.»

«Radio ga ga», «Ecuador»... ¡Cuán diferentes eran entre sí los primeros gustos musicales de Mikel! Y aún hay más pruebas de ese maravilloso eclecticismo típicamente infantil, propio de quienes, en virtud de su adorable pureza, se limitan a disfrutar de aquello que les toca la fibra sensible sin someterse a dictados emitidos desde altos pulpitos sobre qué está bien y qué está mal, qué es *cool* y qué no. Así pues, encontraba también vivo goce en la escucha de Mecano, favoritos de su hermana, y de Víctor Manuel y Ana Belén, que sonaban en el coche cuando iban de viaje. A sus padres también les encantaba Joan Manuel Serrat, y puede que eso tuviera alguna influencia en su siguiente revelación.

A mediados de los años noventa, una nueva hornada de cantautores españoles salió a la palestra, retomando el estilo lánguido de guitarra acústica y letras cargadas de intención allí donde sus antecesores de los años setenta, caídos en desgracia durante el paroxismo pop de los ochenta, lo habían dejado. Nombres como Ismael Serrano, Pedro Guerra, Javier Álvarez, Rosana, Inma Serrano o Tontxu —nótese que es una escena formada casi exclusivamente por solistas— empezaron a abrirse camino con el beneplácito del gran público, el cual, tal vez hastiado de cancioncillas incomedibles, abrazó su golosa poesía. Sus discos se vendían, las cadenas de radio comerciales programaban su música y las multinacionales

del sector, ante tan favorable acogida, se afanaron por conseguir tener al menos a uno de estos jóvenes cantantes compositores en sus filas. Era la época de «Contamíname», del canario Pedro Guerra (1995); de «El talismán», «A fuego lento» y «Si tú no estás», de la también isleña Rosana (1996); de «Cantos de sirena», de Inma Serrano (1997)... Entre todos ellos, el madrileño Ismael Serrano, seguramente el más político de la pléyade, ocupó un lugar prominente. Su primer álbum, *Atrapados en azul* (1997), que contenía la nostálgica «Papá, cuéntame otra vez», y el segundo, *La memoria de los peces* (1998), cautivaron a un receptivo Mikel. «Son dos discos que me marcan —admite—. Fíjate lo lejos que me he situado luego, pero algo queda de todo siempre, y yo tuve varios años de muuucho Ismael Serrano. Me encantaban sus melodías, sus letras y la forma de contar historias. A esos dos primeros discos les metí muchísima caña.»

Además de cacharrear con sonidos electrónicos y grabadoras digitales, Mikel había empezado a tocar la guitarra. Sus padres le habían apuntado a clases extraescolares en el colegio. «Ahí aprendo a poner sol, re, la y do, y quizá fa, aunque fa exige cejilla y es más difícil», dice. Más adelante le regalaron una guitarra eléctrica, a condición de que también tomara lecciones con ella. «Era poco disciplinado para la música —apunta su padre—. Él no quería clases, pero por conseguir la guitarra, accedió. Le pusimos un profesor en verano, pensando que luego seguiría, pero a los tres meses, en cuanto se acabó el contrato, lo dejó. Recuerdo que se encerraba en su cuarto y cantaba mucho en inglés.»

Inspirado por Ismael Serrano, y apoyado en el sonido de guitarra, Mikel compuso, a los dieciséis años, su primera canción: «Fear and rain» («Miedo y lluvia»). «Era más pretencioso que la hostia —concede—. Era horrible y no sé por qué en inglés, la verdad. Me sentía menos ridículo cuando pensaba que nadie podría entender demasiado lo que estaba diciendo. Supongo que el inglés me servía de escudo, porque ni siquiera lo dominaba. Seguro que cometía faltas gramaticales. Era basura, básicamente. Una basura muy inocente.»

A medida que pasaban los años, algunas de las inquietudes de Mikel, como la música y la informática, se intensificaron, mientras

otras, como el baloncesto, se desinflaron de forma expeditiva. Un verano, el Caja Vital, filial del Baskonia, incluyó a varias promesas de Corazonistas en sus entrenos de pretemporada. Hablamos del filial de un equipo que fue subcampeón de Liga la temporada 1997-1998, vencedor de la Copa del Rey en 1995 y 1999 y que disputaba con regularidad la Final Four. «Vislumbré ciertas posibilidades de hacer carrera —explica—, que duraron exactamente dos entrenamientos. Porque yo no valía para estar rodeado de gente tan buena y para que todo fuera tan serio. Me hacía pequeño, pequeño. Aunque era competitivo, había que tener mucha confianza en uno mismo, y yo me hacía chiquitito. Lo dejé. No me gustó la experiencia y ahí murió mi primer sueño. Más adelante descarté entrar en el equipo de la universidad. Después de lo de Caja Vital creo que pensé: “Bueno, el baloncesto no va a darme de comer, no voy a ser profesional; ya puedo centrarme en Teleco” .»

En septiembre de 2000 inició sus estudios de Ingeniería de Telecomunicaciones en la Escuela de Ingeniería de Bilbao, en San Mamés, dependiente de la Universidad del País Vasco. Había terminado la enseñanza Secundaria con una nota media de 9,8 sobre 10, la cual, unida al 8,9 que consiguió en Selectividad (entonces era aún sobre 10), le daba vía libre para elegir la carrera que quisiera, incluida Telecomunicaciones, cuya nota de corte era superior a 7. «Recuerdo que, a pesar de los buenos resultados en el cole, si quería entrar en Telecomunicaciones, debía sacar una nota alta en Selectividad, por lo que tuve una presión ahí importante», explica.

Un tipo como Mikel, creativo, curioso por la cultura, ¿escogió Teleco por verdadera vocación o movido por lo que creía que sus padres esperaban de él? En la preinscripción para la universidad se pide a los alumnos que enumeren, por orden de preferencia, las tres carreras a las que pretenden entrar, de modo que, si no obtienen nota suficiente para acceder a la primera, se les asigna automáticamente la segunda; y así sucesivamente. «Esto es muy ilustrativo —anticipa—. Puse arriba la que daba por hecho que iba a cursar, que era Ingeniería de Telecomunicaciones. ¿Por

qué? Porque mi padre es ingeniero, porque me encantaban los ordenadores, hacer canciones con ellos, los videojuegos, las aventuras gráficas como *Monkey Island*... ¡Nada que ver con Telecomunicaciones! En la carrera no haces el *Monkey Island*. Pero me cuadraba. También pensé que, como la nota de corte era alta, entraría menos gente y luego sería más fácil conseguir un buen empleo. En 2000, se decía que, si estudiabas Teleco, tenías el futuro asegurado. Todo muy práctico. Lo elegí en primer lugar por todo eso, y por mi sentido de la responsabilidad y del deber.

»La segunda opción que puse fue Bellas Artes y la tercera, Filología Hispánica. Es decir, en mis fantasías, yo era artista y escritor, pero sabía que no iba a hacer eso... Quizá otra persona, en otro tipo de hogar, más temerario o más irresponsable sobre el papel, habría puesto en primer lugar Bellas Artes. Yo dibujaba muchísimo en clase: en un montón de asignaturas que sabía que no necesitaba atender, porque se trataba al final de cogerte el tocho y estudiártelo, como, por ejemplo, Historia, me ponía a dibujar. Y escribía más o menos bien. Había ganado aquel concursillo de relatos de mi cole... Yo qué sé, eran como fantasías más divertidas o como: “¡Buah, tendría que estar genial ser pintor o escritor!”»

Su hermana estudió Ingeniería Industrial, como su padre; hoy trabaja en la Michelin de Vitoria, como Miguel Ángel. «Es una tía muy responsable —dice Mikel—. No le dio por la música y siguió su camino recto, digamos. Me ha dado dos sobrinas. Yo he sido, si no la oveja negra, sí la oveja gris.»

Si durante sus años de universidad Mikel dejó languidecer sus expectativas en lo tocante al baloncesto —aun así, compitió con amigos en un equipo de categoría regional, «para echar unas canastas intentando no lesionarte y poco más»—, no ocurrió lo mismo con la música, la cual siguió cultivando, ahora con un mayor grado de dedicación y creciente pericia. Las canciones que compuso en aquel periodo («Muy mediocres, con total sinceridad y objetividad; fueron muy mediocres muchos años»), aún influidas por las de Ismael Serrano, pero todavía con letras en inglés, las grababa ahora con Cubase SX, una versión gratuita del conocido secuenciador. «Era un *software* con cuatro o seis pistas, donde ca-

bía la guitarra, la voz, y si te sentías muy loco, muy productor, un bombo y una caja», dice. Se presentó, interpretando esas canciones, a dos audiciones en la Universidad de San Mamés para obtener créditos de libre elección (conjunto de créditos que se otorgan para engrosar el expediente y que no tienen relación directa con la carrera que se estudia: podían conseguirse incluso participando en la Herri Krosa, una carrera popular vizcaína de diez kilómetros). «Con eso querían animarte a hacer cosas aparte de tu carrera —explica Mikel—. En las audiciones íbamos desfilando desde las diez de la mañana hasta las ocho de la tarde. Había gente que se veía claramente que buscaba el crédito sin currárselo, que salía a tocar la pandereta fatal, o a bailar, o a gritar, y otros que se lo tomaban más en serio. Yo me presenté siempre tocando pop-rock.» En los últimos años de carrera se atrevió a grabar sus primeras maquetas con temas en castellano, aún sin salirse del perímetro de la canción de autor.

También mientras estudiaba Telecomunicaciones amplió su paleta cromática de influencias con el rock. Discos como *Agila*, de Extremoduro (1996), o el tema «Acción mutante», de Def Con Dos (1993, de la banda sonora de la película de Álex de la Iglesia), despertaron su interés por las guitarras contundentes, apego reforzado un poco después por HIM, banda finlandesa de rock gótico que, a principios de este siglo, se convirtió en un fenómeno con canciones como «Join Me in Death» (2000) o «Buried Alive by Love» (2003). Cuando tocaron en el País Vasco, no dejó pasar la oportunidad de ir a ver el concierto con un amigo. «Otra influencia extraña —admite—. Fíjate qué mezcla: Queen, más Ismael Serrano, más Extremoduro, más HIM. Esa es la música que me marcó.»

Terminó la carrera en seis años, en 2006, cuando tenía veinticuatro (los cinco primeros continuó viviendo en Vitoria y se desplazaba a diario a Bilbao; el último residió en un piso compartido en el Botxo). «Recorrí el camino por las casillas esperadas —dice—. Era una carrera de cinco años, pero mis padres me habían dicho que me pagaban seis. De nuevo fui muy práctico y ajusté los tiempos para acabar en seis. Aunque no sé si hubiera

podido concluir en cinco. Era responsable, pero no concebía estudiar los cuatro meses del cuatrimestre; estudiaba el último y dedicaba los anteriores a pasármelo bien. Así que me organicé un poco la carrera para acabar en seis años, y cuando terminé, tiré para Madrid para buscar trabajo, porque mis mejores amigos de la universidad, mi cuadrilla (tengo dos, la del colegio, que mantengo en Vitoria, y la de la universidad, que está dividida entre Bilbao y Madrid), también habían planeado marcharse a la capital. Así que, seis o siete amigos de la universidad nos plantamos en Madrid para buscar nuestro primer empleo. Enseguida encontrabas algo, aunque, la verdad, era mileurista absoluto.»

Una de las primeras cosas que llamaron la atención de Mikel del día a día en Madrid fue contemplar a «la gente tan triste en el metro», en esas horas en que el transporte bajo tierra se abarrota de atribulados trabajadores de camino a sus empleos, atavismo que creyó posible contrarrestar, o incluso derogar, por sus propios medios: «Pensé: “De acuerdo, voy a sonreír en el metro”. Me duraría un par de meses la intención».

Cada mañana se unía a ese mustio rimero de seres humanos cuando, desde el piso de Pinar del Rey donde se había instalado, en la zona nordeste, salía en dirección a su primer trabajo, que desempeñaba en una empresa llamada First Data Ibérica, consagrada a la fabricación de *software* para datáfonos y cajeros automáticos, y especializada en la gestión de pagos con tarjeta en estaciones de servicio, estancos y quioscos. Las oficinas estaban en la urbanización La Florida, en Aravaca, exclusivo distrito del noroeste de la capital, por lo que llegar a ellas implicaba una ingrata caminata desde su casa hasta la boca de metro; un largo trayecto subterráneo, con dos trasbordos; emerger a la superficie en Moncloa y tomar ahí un autobús, el 162, cuya frecuencia de partida no era ciertamente alta, «atestado de peña», que tardaba unos veinte o veinticinco minutos en dejarle en Aravaca, hecho que se producía cuando había ya pasado cerca de hora y media desde el inicio del periplo. «Era superdesagradecido el camino —dice—, pero yo iba con la energía del recién llegado.»

No pasó inadvertido para el resuelto Mikel que ahora residía en la ciudad con mayor número de bares y cafés que fomentan la música en directo de cantautores y donde, de hecho, habían sacado la cabeza algunos de sus favoritos, como Ismael Serrano, con quien seguía obsesionado. En ese circuito de locales, dos destacan especialmente: Libertad 8 y El Búho Real. No muy distantes entre sí —uno acota el barrio de Chueca por el sur y el otro, por el norte—, acogen conciertos todos los días, y hasta noches de micro abierto, desde mucho tiempo atrás. Libertad 8, que ocupa una antigua vaquería y posterior tienda de vinos donde se celebraban tertulias políticas de adeptos al Partido Comunista, había sido fundada en 1976; El Búho Real, en 1984. A finales de los años noventa, y dada su apretada programación, los perspicaces cazatalentos de las compañías discográficas habían echado allí su anzuelo y *pescado* a la práctica totalidad de los cantautores que Mikel admiraba. Algo más confiado debía sentirse con respecto a sus canciones, porque no transcurrió mucho tiempo desde que arribase a Madrid hasta que decidiera que quería introducirse en ese vibrante circuito.

«Ismael Serrano me está pegando fuerte desde hace unos años —dice—. Hago música de autor, y Libertad 8 y El Búho Real son los dos grandes templos de la música de autor, de donde salieron Ismael Serrano, Jorge Drexler... Todos habían pasado por ahí y todos habían sido, digamos, *descubiertos* allí, porque eran esos años en que aún existía la fantasía de los años noventa de que un cazatalentos iba a entrar a un bar, verte y ofrecerte un contrato.»

Pero para formar parte de aquella escena necesitaba una carta de presentación; una maqueta que pudiera entregar a los gerentes de los bares para que estos pudiesen calibrar su calidad y si su estilo se adaptaba al que, habitualmente, sonaba en sus austeros escenarios. La grabó; aunque, con la perspectiva del tiempo, aquellas embrionarias canciones no merecen su aprobado. «Sinceramente, luego de haber revisado cosas, me doy cuenta de que eran muy mediocres, muy inocentes; son los primeros pasos de alguien que quiere expresarse con la música y, bueno, pues por algún lado hay que empezar.» Eso no impidió que entregara la maqueta a Julián

Herráiz, de Libertad 8, y Darío González, de El Búho Real, y estos aceptaran incluirle en sus calendarios de conciertos, el primero de los cuales tuvo lugar en julio de 2007. «Era como: “¡Guau!”. Que Julián, de Libertad 8, o Darío, de El Búho Real, te cogieran la maqueta y tocaras ahí todos los meses, que fueses uno de los treinta seleccionados, te hacía creer que podías tener algo que hacer.» Por alguna razón, puede que porque aquellas canciones no fueran realmente tan vulgares, sino todo lo contrario, o por el gracejo y la simpatía que Mikel derrochaba en directo, aderezando sus actuaciones con agudos chascarrillos, muy pronto pasó a ser uno de los preferidos de los asiduos a esos bares. «Todavía no entiendo muy bien lo que pasó —reconoce—, porque la gente venía a verme cada vez más, con canciones que no eran nada, no tenían gran calidad... Algo de conexión debía de haber, ese intangible que quizá yo no sé ver tan fácilmente y quizá otras personas de fuera sí supieran. Pero yo no, y por eso igual soy tan crítico.»

La encendida acogida en Madrid sirvió para que pequeñas salas de otras ciudades de España le llamaran para tocar. Alentado por su inesperado éxito, relativo en cualquier caso —se circunscribía al entorno *underground* de los bares de cantautores—, se propuso seguir componiendo, depurando su estilo. En 2008 había empezado a trabajar en una empresa de conectores electrónicos, donde había decaído su inicial entusiasmo laboral. «No me gustó el trabajo, aunque encontré gente muy guay allí», dice. Simultáneamente, decidió presentarse al V Certamen de Jóvenes Autores de San Lorenzo de El Escorial (Madrid), que ganó. Lo cual le animó a subir un escalón más y concurrir, en junio de 2008, al XX Certamen de Jóvenes Creadores de la Comunidad de Madrid. Además de por su mayor repercusión, le parecía muy interesante por la dotación del premio: 3.000 euros («Imagínate lo que suponía para mí, que estaba acostumbrado a que me pagarán cien euros por actuación»), y la posterior participación, representando a Madrid, en la Bienal de Jóvenes Creadores de Europa y el Mediterráneo cuya siguiente edición iba a celebrarse en septiembre de 2009 en la ciudad de Skopje (Macedonia).

No las tenía todas consigo Mikel, quien seguía dudando del mérito de sus canciones y de su talento como guitarrista. «En Libertad 8 y El Búho Real salía yo solo, con mi guitarra, en plan cantautor puro y duro, y soy un manco con la guitarra, porque otra de las cosas que tengo atípicas con respecto a otros músicos compositores es que no toco bien la guitarra; me defiendo como puedo. He tocado mil millones de conciertos con guitarra, pero no me pidas dar grasa a los acordes... No quería tocar la guitarra, porque, además, me despista bastante para cantar. Por eso digo que era bastante mediocre como cantautor. Había gente con un dominio instrumental muy grande para sostener las canciones. Yo era sota, caballo y rey.»

Pese a ello, fue uno de los quince seleccionados para pasar a la final del certamen, que se celebró el 24 de junio de 2008 en el Centro Cultural Galileo. Acudió acompañado por una amiga. «Me presento sin ninguna intención. Bueno, todo el mundo tiene intención de ganar, pero las intenciones se me diluyeron cuando me senté allí y vi desfilar a los doce o trece que tocaron antes que yo. Te juro que me acuerdo de que le decía a mi amiga: “¿Qué hago aquí? Voy a hacer el puto ridículo”. Hubo alguien más flojo, pero por allí pasaron cinco o seis que eran unos Jorges Drexlers de la vida. Tocaban muy bien, cantaban muy bien..., y yo no era así. Yo era justito. Tocaba mis arpegios más mal que bien. Me defendía, pero era consciente de mis limitaciones a nivel vocal; no canto mal, pero tampoco considero que sea un cantante espectacular. Así que salí allí a no hacer el ridículo, a no equivocarme mucho y a intentar disfrutarlo un poco. Eché tres canciones, acabé, bajé del escenario, y recuerdo que uno de los miembros del jurado que no era músico, cuando paso a su lado, me dice: “Por mí estarías tocando hasta que esto acabe”. Me lo tomé como un comentario amable para animarme por la cara que yo debía de tener, porque, de verdad, estaba para no hacer el ridículo.»

Dos semanas después, mientras estaba en su puesto de trabajo, en la bandeja de entrada del correo electrónico de Mikel apareció un *email* en el que se le comunicaba que era el ganador, en la categoría de Música, del XX Certamen de Jóvenes Creadores de

la Comunidad de Madrid. «Me levanté de un salto de la silla: “¡He ganado, he ganado!”. Se lo había contado obviamente a todos mis compañeros. Decían: “Pero ¿qué has ganado?”. “¡El certámen de Madrid!”.

»Eso hizo que por primera vez, en 2008, yo pensara que quizá había algo que se me estaba escapando; que quizá algo de mis canciones, no desde luego la ejecución de guitarra, pero sí la melodía, las letras..., que algo, a esas personas del jurado que no me conocían de nada, que no tenían por qué decidir en mi favor, les había emocionado más que el resto. Fue un empujón enorme de fe, de autocracia; de fliparme.»

Con la moral por las nubes, no le costó a Mikel dejar ese trabajo que no le gustaba y dedicar siete meses a la preparación y grabación de un disco completo, que publicaría en enero de 2009 con el título de *Metro a metro* y que financió con lo ganado en los certámenes de El Escorial y la Comunidad de Madrid. La decisión de abandonar temporalmente la actividad profesional cayó como un jarro de agua fría en sus padres, en cuya estricta mentalidad no cabía que el menor de sus hijos dejase, aunque fuese por unos meses, la estabilidad de un empleo por la errática fluctuación de la música, con la que solo unos pocos afortunados logran ganarse la vida. «Recuerdo una llamada a mi madre..., bastante dura. Ahí me enfadé un poco con ella, porque en medio de una conversación que no tenía nada que ver con esto, le comenté que iba a dejar de trabajar siete meses para grabar una maqueta. Mi madre se quedó alicaída, y la respuesta que me dio fue: “Ay, creo que te hinchamos demasiado el ego cuando eras pequeño”. Le dije: “Gracias, mamá”. Venía a decirme: “No seas flipado, el hecho de que te dijéramos que qué guay con la guitarrita no significaba...”. Me sentó muy mal ese comentario.»

Sus fans —ya los tenía por entonces, y que llenaban de febriles comentarios algunos foros en Internet, en los que Mikel participaba de vez en cuando— acogieron con cierta sorpresa la escucha de canciones que ya conocían en versión de voz y guitarra, vestidas ahora, en *Metro a metro*, con arreglos de pop. En verdad, los temas del disco mantenían una clara filiación cantautoril, y el poso de

Ismael Serrano aún era muy patente en el tono de las letras y la forma de cantar; pero los arreglos del propio Mikel y la producción de Diego Cantero (Funambulista) y Antonio Aráez, llevaban el repertorio por derroteros hasta entonces desconocidos por sus incondicionales. Así pues, «Azul solar» iba en volandas sobre un ritmo como de samba; «Por los pelos», que ya abordaba una temática recurrente en su cancionero —la dificultad para encontrar el amor—, era una balada convencional de pop-rock; y la autobiográfica «Prisas», en la que plasma, con notable honestidad, el choque frontal entre su realidad diurna (los madrugones, el metro, «el bus que se retrasa», el jefe) y esas noches de conciertos, copas y ligues, se apoya en una baseailable de guitarra *funk*. También en ella hace referencia a que el «amor pasa de largo». «Había mucho de desamor o de no consecución del amor, porque yo siempre he sido un poquito bala pérdida en ese sentido; me cuesta mucho tener pareja, pero, sin embargo, creo que en el fondo la ansío. Esa idea romántica de enamorarte perdidamente me parece muy atractiva, pero no me sucede, y sobre eso escribía mucho», explica.

La pieza más valiosa de esa rudimentaria grabación es «Cinco segundos», una canción con marchamo de cantautor que cuenta la desgarradora historia de un atentado terrorista. «En algunas de aquellas primeras canciones había temas sociales —alega—. Soy de Euskadi, y después de ver una noticia sobre uno de los asesinatos de ETA, me puse a escribir acerca del dolor, sin meterme mucho en historias políticas; más centrado en la humanidad, en la persona que estaba al lado de otra a la que asesinan. Algo que para mí era un sinsentido loco.» «Alicia en el país de los espejos» era otra canción que invitaba a la reflexión. «Es la historia de una persona de mi entorno que sufría un trastorno alimenticio —desvela—. Escribía temas intensitos. No todos, porque también los hacía sobre la noche madrileña, sobre pasármelo bien... [como “Un capricho de Madrid”], pero era intenso en general. Era un mundo de cantautor puro que me interesó durante tres o cuatro años y que luego ya no me interesó.»

Como había previsto, se reincorporó al mercado laboral al poco de editar el disco, y lo hizo trabajando para Boeing a través

de una consultora. «Grandes empresas como Boeing, cuando no quieren contratar a nuevos empleados, recurren a consultoras para desarrollar determinados proyectos. A mí me pagaba la consultora, aunque trabajase para Boeing», aclara. El cometido de Mikel era participar en el desarrollo de un programa en lenguajes C++ y Java para gestión de tráfico aéreo. «De los empleos que un *teleco* puede conseguir, pienso que es de los más interesantes: i+D, aeronáutica, rodeado de gente superpreparada, todos doctores en aeronáutica, gente superválida, supermaja, horarios flexibles, trabajo de inventar cosas... Era bastante idílico. Pero yo tenía bastante claro que eso no era mi vida.»

Por tratarse de una compañía estadounidense, hacía gala de ese estilo relajado hacia los empleados al más puro estilo Silicon Valley. Tres días a la semana, lunes, miércoles y viernes, Mikel podía teletrabajar, deferencia nada habitual esos días, lo que le venía muy bien para compaginar sus quehaceres laborales con la música. «Sacaba los paquetes de trabajo bastante antes de la fecha límite —explica—, y mucho tiempo lo dedicaba a escribir canciones. Y me podía escapar a tocar los fines de semana por ahí como cantautor. Mis jefes me pusieron muchas facilidades para que me pudiera ir el viernes antes de la hora para tocar en Sevilla ante cinco personas. Iban a verme a El Búho Real. Creo que se dieron cuenta antes que yo de que no iba a seguir siendo ingeniero. Me trataban como: “Mientras estés aquí, haznos el trabajo, pero tú vas a volar de aquí echando hostias, así que te lo vamos a poner fácil”.»

Tras presentar el disco el 12 de febrero de 2009 en El Búho Real, Mikel no dejó rincón de España sin visitar con su guitarra. El 27 de febrero tocó en el bar Extitxu de su querida Vitoria; el 17 de abril, en L’Astrolabi, en Barcelona; el 22 de mayo en Sevilla; el 27 de junio en A Coruña; el 10 de julio en Almensilla (Sevilla), como finalista del certamen El Olivar de las Palabras...; entre otros muchos conciertos de los que no queda prueba documental, y los que seguía ofreciendo periódicamente en El Búho Real y Libertad 8. Comenzaba a suscitar la atención de los medios, la mayoría modestos, pero también importantes: el 31 de

enero de 2009, con *Metro a metro* recién estrenado, fue entrevistado en el programa *Hablar por hablar*, de la Cadena SER, donde, además, interpretó en directo en el estudio la canción «Perdido». Cualquier observador imparcial habría apreciado que crecía de modo imparable.

Mikel, sin embargo, no se sentía satisfecho. Era cabeza de ratón: el de cantautores no pasaba de ser un circuito precario. En su infatigable peregrinaje a lo largo y ancho del país tocaba en pequeños bares, angostos cafés, ante unas pocas decenas de personas. Al mismo tiempo, se había producido un cambio significativo en la música nacional. No es ningún secreto que la industria discográfica fagocita rápidamente las modas emergentes, las explota todo lo que puede y, al cabo de unos pocos años, tras provocar un soberano hastío en el público, las deja morir en beneficio de alguna otra tendencia en boga, a la que aplica el mismo mecanismo. En 2009, los cantautores, incluso los nuevos cantautores, que ya no eran nuevos, se consideraban viejos.

En cambio, una vibrante escena de grupos que se hacían llamar «independientes» empezaba a generar inusitado interés por parte del público y de algunos medios: en 2004 habían publicado su primer disco, *Viaje de estudios*, los granadinos Lori Meyers; en 2005, los más veteranos Love of Lesbian, de Barcelona, habían dejado de cantar en inglés y empezado a hacerlo en español (en el álbum *Maniobras de escapismo*); en 2008 habían debutado los madrileños Vetusta Morla. Las tres formaciones ejercían de punta de lanza del movimiento, continuación del que en los años noventa habían iniciado Australian Blonde o El Inquilino Comunista, que componían en inglés y llegaban a menos gente. Coetáneos de estos eran Los Planetas, que desde el principio cantaron en castellano, y que a pesar de facturar trabajos más experimentales a finales de los 2000, conservaban posición destacada en lo que ya se conocía como «escena indie». Incluso músicos que no habían sido *indies*, como el vigués Iván Ferreiro, que en los años noventa había liderado el grupo de rock Piratas, ahora se hacían *indies*. ¡Hasta aquellos que osaban presentarse como cantautores, caso de Russian

Red, eran *indies*! Empezaba a tejerse una frondosa red de festivales, en los que estos artistas tocaban mucho, por no decir siempre, y frente a miles de personas.

Mikel experimentó una brusca epifanía cuando escuchó el disco *1999*, de Love of Lesbian, publicado ese 2009. Primero, en mayo, quedó deslumbrado con el vídeo de «Allí donde solíamos gritar», la canción que lo abre; luego, el 25 de julio del mismo año, los vio en directo en el festival Contempopránea (en Alburquerque, Badajoz), donde también tocaban Vetusta Morla y Lori Meyers. «Pensé: “¿Qué coño es esto? ¿Qué ambiente es este? Porque yo era una ratilla de El Búho Real y Libertad 8.» La idea de que ese era el tipo de música que quería hacer se implantó fuerte en su cabeza. «Hay un antes y un después de descubrir la escena independiente o alternativa española, sobre todo Love of Lesbian. Ahí hice otro clic. Me dije: “Este tío es cantautor [en referencia a Santi Balmes, cantante y compositor de Love of Lesbian], pero no suena a cantautor. Escribe cosas que, con una guitarra clásica, me empezaría a aburrir, pero con esa banda y sus mundos pop, me interesa mucho”. Y, de repente, pensé: “Puede que no esté tan lejos de poder hacer algo así”.»

Estamos ante el giro crucial que definió el nacimiento, un año después, de IZAL, razón por la cual merece la pena, y se antoja necesario, profundizar en sus razones. Aparte de que Mikel entendió el *indie* como una nueva y apropiada carcasa para sus canciones de intrincadas letras (no tan intrincadas por entonces), la configuración de grupo le permitía concentrarse en cantar, relegando la guitarra a un uso en contadas ocasiones. «Yo era un cantautor atípico, no muy buen guitarrista como para defender las canciones yo solo, y de este modo podía olvidarme de la guitarra», explica. Además, este sonido le retrotraía a la manera en que empezó a grabar música en sus comienzos, con secuenciadores. Estas influencias terminaron modelando no solo la forma, sino también el fondo de sus nuevos temas. «Todo eso, Love of Lesbian, Lori Meyers, el primer disco de Vetusta Morla... Toda esa escena, combinada con Mumford and Sons, Arcade Fire, Florence & the Machine, Bon Iver... y otros músicos internacionales que, poco a poco, fui descubriendo,

ese mundo más pop, un poco alternativo o como queramos llamarlo (no sé si era considerado alternativo fuera de España, desde luego aquí sí), me conduce a una nueva manera de hacer canciones.» En efecto, sus canciones adoptaron audaces estructuras y sus letras se volvieron inextricables, herméticas, hasta el punto de que uno las escucha con deleite sin saber exactamente de qué hablan.

Con esa idea en mente, madurada a lo largo de 2009, y un puñado de nuevas composiciones, hubo de hacer un alto en sus conciertos habituales para desplazarse a Macedonia, donde, como vencedor del Certamen de Jóvenes Creadores de la Comunidad de Madrid, se le esperaba del 3 al 12 de septiembre para representar, en la categoría musical, a la región donde vivía. «Cuando acudo, ya tengo en la cabeza que voy a dejar de ser cantautor; aunque fui a tocar con mi guitarra, que era lo que hacía hasta ese momento.» Antes de viajar a Skopje, capital macedonia, se unió a la comitiva de artistas españoles en la prebiental que se celebró en Sevilla. «Recuerdo mucha fiesta, muy buen rollo, no muchas pretensiones. No creo que sintiera que allí estaba pasando nada; teníamos un viaje gratis de puta madre para tocar delante de gente a la que no le importamos nada, la gente de Macedonia. Fue una fiesta continua y un viaje muy agradable.»

Quizá por las referencias viajeras de la letra («He cogido la maleta, camisetas, pantalón / y un jersey por si refresca (...) He comprado mi billete con destino por fijar / y dejé la puerta abierta») y su tono optimista, «Eco» fue acogida con ardor por el conjunto de expedicionarios españoles y adoptada a modo de himno. «Es una canción que hoy en día no me representa mucho —dice—, porque es ese puente entre la música de cantautor y el pop, pero sí que es una canción divertida, animada, algo ingeniosa por el truco lírico que tiene de retomar el final de cada frase con el principio de la siguiente, en ese eco... Bueno, tiene cierta gracia. Hacía mucho esas cosas que eran como malabares de letrista, muy de la música de autor, muy dada a los malabares con las letras, pero a mí no es algo que ahora me guste. No creo que ese juego de palabras pueda tocar el corazón. Es una de las cosas que me desconectan de aquello. Era divertida, y es verdad que a

la gente le encantaba. De hecho, hubo mucha gente, el Comando Eco le llamo yo, que incluso al final de IZAL, quince años después de aquella canción, seguía pidiéndola en los conciertos. De vez en cuando se escuchaban en el público siete u ocho: «¡‘Ecooooo’!»

A la postre, la cita de Skopje fue algo más que una especie de descocado viaje de fin de curso para jóvenes artistas de diversas disciplinas. Allí, Mikel conoció a Gato, bajista de T de Trapo (banda ganadora por Málaga), a quien hizo partícipe de sus planes. «Estoy empezando a hacer canciones en otro estilo», le dijo.